

CIUDAD JUÁREZ: DIEZ AÑOS DE FEMICIDIO VÍCTIMAS: MUCHACHAS TRABAJADORAS, MORENAS Y POBRES.

(Ciudad de México, ANCHI)

En noviembre de 2001, un albañil transitaba en su bicicleta por las rápidas autopistas que bordean la fronteriza Ciudad Juárez, en México, contemplando los copos de algodón que ya asomaban en la enorme plantación a la orilla del camino. De pronto, entre las matas del campo algodonnero, vio algo que lo estremeció. Un cuerpo. Un cuerpo de mujer.

Siendo residente de Ciudad Juárez, la capital mundial de los asesinatos seriales de muchachas, el hombre supo de inmediato el significado de ese hallazgo: la pesadilla había retornado. En efecto, puestos sobre aviso los organismos no gubernamentales de derechos humanos y la policía, se inició un operativo de búsqueda en el extenso terreno del desierto que cubre esa región entre el estado mexicano de Chihuahua y el estadounidense de Texas. En pocos días fueron encontrados los cadáveres de ocho mujeres jóvenes, todas ellas con señas de brutales torturas sexuales: violaciones, pezones arrancados a mordidas, cortes de navaja en toda la piel.

Lo más terrible es que este hallazgo de cuerpos no era un hecho excepcional sino la atroz rutina en una ciudad en donde, desde hace diez años se secuestra, tortura y asesina a mujeres jóvenes, algunas adolescentes e incluso niñas, sin que las autoridades del Estado o de la federación hayan logrado resolver uno solo de estos casos.

Por ello, Juárez es una ciudad marcada con el terrible nombre de la capital del femicidio.

Uno de los primeros casos, que se remonta a mayo de 1993, fue el de Gladys Janeth Fierro, de 12 años. Violada, estrangulada, mutilada. En septiembre de 1995, otra chica, Silvia Rivera, estudiante de 17 años, fue encontrada en un lote del desierto cercano al aeropuerto. El sitio se llama "Lote Bravo". Cuando se pronuncia ese nombre, o Lomas de Poleo, Cerro de la Bola o Cerro Cristo Negro, en Chihuahua ya se sabe: sobre sus piedras, entre sus matorrales, bajo el sol que calcina de día o el frío que hiela de noche, se esconden historias de asesinatos seriales que cubren de vergüenza al gobierno de México, que se ha negado a asumir esta grave situación como una emergencia nacional.

Y es que después de una década de apariciones constantes de estos cuerpos de mujeres jóvenes, después de numerosos informes y denuncias de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Amnistía Internacional y prácticamente todo organismo que labora en el terreno de los derechos humanos, las autoridades no han podido responder a una pregunta que se ha convertido en un clamor nacional:

¿Quiénes las Mataron?.

La periodista Carmen Aristegui, en un artículo publicado en el diario "El Norte", concluye que después de plantear durante diez años esta pregunta sin respuesta, hay que seguir preguntando: ¿Quién protege a estos influyentísimos asesinos?
"El Presidente Fox ha Fallado"

A finales de noviembre del 2003, cuando ya se cumplía una década de esta tragedia, el presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, José Luis Soberanes, pronunció una sentencia demoledora para la imagen del actual gobierno: "Al presidente Vicente Fox no le interesa resolver este caso".

La presidenta de Amnistía Internacional, Irene Khan, que publicó un amplio informe sobre el tema, "Muertes intolerables", opinó lo mismo poco antes: "El presidente Fox ha fallado".

En efecto, la CNDH había preparado un informe de más de mil páginas sobre la impunidad que prevalece sobre el caso de 263 chicas asesinadas en Ciudad Juárez y una docena más en Chihuahua, capital del Estado del mismo nombre, aunque existen más de

cuatro mil denuncias y Amnistía Internacional documenta al menos 300 casos. En las morgues chihuahuenses se encuentran, algunos desde hace años, cerca de 70 cuerpos de jóvenes mujeres sin identificar.

En este informe, el jefe de la CNDH concluye que a los centenares de delitos de asesinato y desaparición que se producen en serie en Ciudad Juárez, hay que sumar los delitos de negligencia, encubrimiento, tortura, fabricación de culpables y mala administración de justicia contra todos los funcionarios públicos que han tenido participación en estas investigaciones. Pero el presidente Fox no quiso escuchar al funcionario.

Tradicionalmente, cuando la CNDH presenta ante la opinión pública informes de esta envergadura, lo hace en una ceremonia oficial en la casa presidencial de Los Pinos, en presencia del mandatario y los medios de comunicación. En esta ocasión, en víspera de la entrega del informe, la oficina de Fox canceló el evento y solamente aceptó recibir, en un encuentro de pocos minutos y en privado, el informe del ombudsman. Todas Eran Pobres.

Las estadísticas no logran describir el horror de estas historias. De las 263 mujeres asesinadas que documenta el informe de la Comisión de Derechos Humanos, 164 son menores de 30 años y 82 de ellas son menores de 18 años. En su mayoría los cuerpos aparecen con las manos atadas, con diversas mutilaciones en los senos, algunas sin órganos y otras tantas calcinadas.

Hay varios denominadores comunes, además de la edad. La mayoría son morenas claras, de cabellos largos, altas (considerando la estatura media de la mujer mexicana). Y sobre todo, muchachas pobres. Por su origen humilde, según el informe más reciente de Amnistía Internacional, su desaparición prácticamente no tiene un costo político para los gobernantes.

Pero ¿cuál podría ser el móvil de esta inédita espiral de violencia contra mujeres jóvenes en una sola ciudad que, además, colinda con Estados Unidos?. Se ha hablado de la industria del "cine-snuff", un género de la pornografía especialmente pervertido, que se alimenta de escenas de sexo y sadismo "real". Se ha hablado de tráfico de órganos, prostitución y ritos narcosatánicos.

La negligencia e incompetencia de las autoridades de Chihuahua y del gobierno federal frente a estos casos ha resultado escandalosa. Entre los principales problemas señalados por el presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos se señala la desorganización de los expedientes judiciales, muchos de ellos incompletos y algunos extraviados. En la mayoría de los casos, las diligencias criminalísticas contienen fallas insalvables. Rutinariamente, las autopsias son deficientes y no están hechas conforme a las normas legales. En algunos casos ni siquiera hay autopsias. De los más de 340 casos reportados, la CNDH encontró que solo 74 expedientes están debidamente integrados.

Por otra parte, a pesar de que han pasado 10 años de crímenes constantes y de que todos los organismos internacionales de derechos humanos han emitido fuertes y críticas recomendaciones, las autoridades no cuentan todavía, a fines del 2003, con recursos suficientes. No hay laboratorios, ni personal y ni siquiera se cuenta con una fotocopidora adecuada en la oficina de la fiscalía estatal para estos homicidios. Rara vez son interrogados los testigos.

Intocables. Los Asesinos Seriales.

Por cierto, por esta fiscalía estatal, una de las instancias más criticadas en todos los reportes, han desfilado ya ocho fiscales especiales en los últimos cinco años, desde su creación en 1998. Ninguno ha ofrecido resultados. Hace un tiempo fue nombrada una Comisionada Especial para el Caso de las Mujeres de Chihuahua, Guadalupe Morín, una prestigiada defensora de derechos humanos. Sobre ella pesa un reto enorme.

Otra constante son las denuncias de los familiares por el maltrato y el menosprecio que sufren por parte de las autoridades. Normalmente cuando acuden al Ministerio Público a hacer su denuncia reciben respuestas burlonas.

Las más recientes investigaciones judiciales, documentadas por la periodista tejana Diana Washington, consideran que de las más de 320 muchachas asesinadas, al menos entre 80 y 90 casos están relacionados con uno o más asesinatos seriales.

Sin embargo, la justicia mexicana camina con pies de plomo, lastrada por un sistema policiaco y de procuración de justicia profundamente corrompido, por funcionarios que se encubren mutuamente y por funcionarios incompetentes que se apresuran a anunciar casos resueltos sin pruebas contundentes, sin convencer a la sociedad.

En las cárceles de Chihuahua hay cerca de 17 personas detenidas, acusadas de estar involucradas en el femicidio. Pero un somero análisis de estas investigaciones las echa por tierra. Las organizaciones civiles y los familiares de las víctimas consideran que estos presos son, en su mayoría, chivos expiatorios y que los culpables siguen libres.

En 1998 el ex presidente Ernesto Zedillo aceptó, después de muchas presiones, que se contrataran los servicios del FBI estadounidense. Desde entonces a la fecha han trabajado en los casos Robert Ressler, ex detective de la Oficina Federal de Investigaciones y la criminalista californiana Candice Skrapec.

Diana Washington saca conclusiones basadas en el trabajo de estos investigadores. Entre otras, el que las víctimas no son mujeres elegidas al azar sino cuidadosamente seleccionadas después de un seguimiento. La periodista asegura que la policía mexicana y estadounidense ya saben quienes son los asesinos. Tienen identificados a cinco hombres en Juárez y uno en Tijuana. Son individuos que proporcionan "carne fresca" para clientes muy ricos, multimillonarios con mucho poder político, auténticos intocables. Al menos cien asesinatos corresponden a este patrón. Estos intocables son empresarios que construyeron sus fortunas con sus relaciones con el Cartel de Juárez y a partir de ahí fundaron negocios legales. En su libro menciona 13 apellidos de familias millonarias que deberían ser investigadas en relación con el feminicidio: Molinar, Sotelo, Hank, Rivera, Fernández, Zaragoza, Cabada, Fuentes, Hernández, Urbina, Cano, Martínez y Domínguez. Washington asegura que las conexiones de estos sujetos llegan tan alto que incluyen quienes hicieron aportaciones financieras a la campaña electoral de Vicente Fox.

En marzo, el FBI entregó conclusiones de sus investigaciones a las autoridades mexicanas, y ahora creen que la policía mexicana no actuó, no por negligencia o incompetencia sino por compromiso. Poco después de entregado el informe, murieron otras cuatro muchachas.

La periodista Washington sostiene que las autoridades mexicanas tienen dos expedientes: uno es el que le enseñan a todos los que lo solicitan. El otro lo mantienen en secreto.

Juárez, Donde Terminan los Sueños.

Por muchos años, la propaganda turística presentaba a Ciudad Juárez como la ciudad gemela de El Paso, Texas. En realidad, nunca lo fue. El Paso, a pesar de ser una ciudad con un fuerte ingrediente de población mexicana y de ser parte de la geografía texana, donde se encuentran los índices de mayor pobreza en Estados Unidos, aparecía del otro lado de la línea divisoria con inequívocas señas de ser parte del primer mundo. Como en todas las ciudades fronterizas mexicanas con Estados Unidos, el contraste es notable. Al sur de la frontera se terminan los prados verdes, las calles bien trazadas, el olor a otro mundo. En Juárez hay perros callejeros, puestos de comida que venden "burritos" y "tripitas" de pollo, autobuses que arrojan humo y tendajones donde suena día y noche la estridente música latina. A lo largo del Siglo 20 la ciudad se desarrolló de manera desigual, pero para muchos inmigrantes representó la última estación antes de llegar al sueño americano. A la fecha, el 70 por ciento de su millón y medio de habitantes no es nativo de Juárez, ni siquiera de Chihuahua, sino de otros estados

del país. A partir de la década de los 70, Ciudad Juárez fue descubierta por la industria estadounidense como un paraíso para el establecimiento de maquiladoras: mano de obra barata, bajos impuestos y autoridades dispuestas a aceptar fábricas contaminantes. En los ochenta el boom de la maquila era imparable. Y con las maquiladoras muchas cosas empezaron a cambiar. Las fábricas empezaron a preferir el empleo de mano de obra femenina, más hábil y más cumplida. En las familias obreras, que cada vez emigraban al norte en mayor número, con la certeza de encontrar empleo, fueron las mujeres las que empezaron a aportar el sustento. Cada vez más mujeres, cada vez más jóvenes, empezaron a incorporarse a la maquinaria industrial que estableció en Ciudad Juárez más de 400 plantas de maquila, creando cerca de 215 mil plazas de trabajo, mal pagadas pero estables. De esas industrias de la transformación, 90% estadounidenses, poca o ninguna riqueza de queda en México. Juárez no dejó de ser una ciudad del tercer mundo, dividida por el Río Bravo de su supuesta gemela rica.

Junto con la maquila, en los ochenta llegó a esta ciudad el narcotraficante Cartel de Juárez. En 1993 estableció en esa ciudad su cuartel general Amado Carrillo, uno de los capos mexicanos más poderoso de su época, conocido como "El Señor de los Cielos" por las flotillas de aviones que utilizaba para transportar la cocaína de Cali y Medellín a las puertas del mayor país consumidor de drogas del mundo. Y llegó el mercado negro de armas, las vendettas entre las distintas mafias, las balaceras de día y de noche, los "narcocorridos" (música ranchera dedicada a los narcos), los ríos de dinero fácil, los nuevos ricos y su vida ostentosa y la criminalidad desatada. Llegó también el consumo de drogas. A fines de los noventa, el Consejo Nacional sobre las Adicciones detectaba en Ciudad Juárez, Tijuana, Guadalajara y otras ciudades invadidas por los narcotraficantes, una verdadera epidemia de adicción a la cocaína, la heroína y las anfetaminas. Junto con los bares y los cabarets, en Juárez proliferaban los picaderos para drogadictos.

El gobierno estatal y las distintas corporaciones policíacas locales y federales, lejos de combatir esta acelerada descomposición social, se convirtieron en alegres socios de todas estas ramas del delito organizado. La profunda corrupción de la policía, el ministerio público y los jueces de Ciudad Juárez es ampliamente conocida. Un ex funcionario de la agencia antidrogas estadounidense (DEA por sus siglas en inglés) en El Paso, Texas, Phil Anderson, comentó que el trabajo principal de los policías de Juárez era proteger los cargamentos de drogas que esperaban poder entrar a Estados Unidos. Esa afirmación no ha sido desmentida, hasta ahora.

En esa ciudad nació, creció y desapareció Sagrario González. Tenía 17 años y había abandonado los estudios, seducida por la posibilidad de un salario mensual en una planta maquiladora. Un día de abril de 1998 no llegó a la fábrica donde trabajaba. Desapareció en el camino. Días después su cuerpo acuchillado fue encontrado en un terreno baldío. Ese año seis jóvenes más, también obreras, aparecieron en el mismo lugar, en condiciones parecidas. En esa ciudad desaparecieron, este 2003, Lorena Palma de 16 años; María Luisa Grado del Real, de 18 años, Ana Lidia Barraza Calderón, de 12 años y Marisol Domínguez, de 15 años. Sus madres aun no las encuentran. En esa ciudad, los padres de Diana Yazmín García Madrano, una estudiante de 17 años, acaban de enterrar a su hija querida. Ella había desaparecido en pleno centro, al salir de la escuela de computación "Ecco", donde tomaba cursos. El siete de septiembre fue encontrado su cuerpo, tirado en el desierto. El cinco de noviembre los análisis periciales confirmaron que esos restos efectivamente correspondían a la joven Diana, desaparecida en Chihuahua. Al menos 12 de los últimos asesinatos de jovencitas están relacionados con esta escuela de computación. Pero las autoridades aun no inician esa línea de investigación.

Pero entre el triste y solitario entierro de Gladys, de las primeras niñas del desierto, ocurrido en total silencio en 1993, y el sepelio de Diana, este mes de noviembre, algunas cosas han cambiado. Hasta la tumba de Diana han llegado flores de muchos mexicanos que nunca la conocieron pero que ahora sienten su muerte como si fuera su propia hija. Tuvieron que pasar 10 años para que en la sociedad de Ciudad Juárez despertara ese pequeño viento de solidaridad que empieza ahora a soplar.-